

en que no haya sino reflexiones sobre este o aquel sentimiento.

Su libro sobre Rusia no nos pareció mal. Había ahí una cuestión que nos interesaba y el tono del escritor balcánico nos pareció noble, encuadrado dentro de un gran espíritu de humanidad. Eso bastaba. Pero *Mijail* no sólo no nos basta sino que nos parece inútil dentro de la obra de Panait Istrati. Es como el prólogo de un libro de gran interés, pero es un prólogo demasiado largo. Se podía, además, haber ahorrado.—*Manuel Rojas.*

SOBRE EL DON APACIBLE, por *Miguel Cholokhov.*

Se ha acusado a los rusos de ser vagos, confusos y dispersos en sus narraciones, cuando, realmente, no hacen más que ofrecer una sensación de totalidad. Reconstruyen la vida de un modo que pudiéramos denominar biológico, en contraposición al topográfico. Y de esta manera alcanzan mayor fuerza y profundidad. Los autores de otras nacionalidades, por lo general, arrancan a sus personajes del mundo, los aíslan, los exponen en una vitrina, convenientemente aderezados, y dan la sensación del ambiente en que actúan por medio de descripciones. Los rusos, en cambio, cortan, por decirlo así, un trozo de vida; sitúan a sus protagonistas en ambiente propio, rodeados de sus vecinos, circunscritos por las historias de sus vecinos, que a veces influyen en su carácter, en su mentalidad, o en su vida misma; las descrip-

ciones, entonces, surgen por sí solas, se construyen a sí mismas. Pudiéramos comparar a los unos con retratos unipersonales, en pose adoptada de antemano, tras de haber medido todas las luces; mientras que los otros vendrían a ser como una fotografía de multitud, en la cual el novelista ha trazado un círculo blanco, para destacar el grupo en que se encuentra el personaje de su interés. Por este motivo, también, se produce en las obras de aquellos una sola fábula, que siempre concluye por parecernos mezquina, estirada artificialmente; en tanto que los libros rusos nos ofrecen variedad de historietas, a las que pudieran consagrarse sendos libros y que, con mejor acuerdo, se entregan a la imaginación del lector.

Tales condiciones se evidencian en el libro que comentamos (1). En él hay fábulas suficientes como para escribir algunos otros más. No es la historia de un hombre, de un amor, de una familia. Es la vida de una *stanitza* de cosacos, a orillas del Don, con sus chismecillos pueblerinos, sus pintorescas costumbres, sus supersticiones y sus tradicionales fantasías. Gentes que viven en pleno goce de la naturaleza, que poseen una noción mundana del amor, con libertad de relación entre los sexos, con alma fresca, con pasiones risueñas y deliciosas canciones que comentan las balalaikas. Todo se presta a una narración maravillosa.

No puede decirse que sea éste o

---

(1) Ed. Cenit. Madrid, 1930.

aquél personaje el eje cardinal de la acción. El que más sobresale, por ser el que da continuidad a la obra, es Grigori. Pero no tiene otra vida que la que le prestan la *stanitza* y sus costumbres. Más que personajes hay problemas acumulados, encadenados entre sí, como están en la vida misma: el de las mujeres que sufren la ausencia de los maridos que han marchado al servicio; el de la reacción que provoca, en el amor a la tierra que tienen esas gentes, la primera noticia de la guerra; el de la acción solapada que desarrollan los propagandistas bolcheviques; y, finalmente, el de la rectitud de esas almas, el de su nobleza, que se rebela ante las injusticias de la guerra, ante la ineptitud de los dirigentes, el egoísmo de la nobleza, las crueldades de los ricos, y concluye por inducirlos al nihilismo espiritual más absoluto.

Todo en el libro es parejo, como en la propia vida. En tal o cual página una estridencia asoma: la metáfora atrevida, la observación sagaz, que dan alas a la esperanza del lector. Como en la plácida existencia de la *stanitza*, tal o cual día, los chillidos de una vecina hacen creer a los cosacos que allí habrá diversión gratuita, a costa de dos que se dan de bofetadas. Pero nada se conmueve. Todo vuelve a su cauce natural, tras un instante de sobresalto. La narración continúa. La vecina calla prudentemente. Concluye el día sin que la paz se altere. De igual manera, finaliza la lectura del libro sin que lo melodramático aparezca;

sin que nos erice ese punto culminante de la acción, el instante trágico a que son tan aficionados los novelistas cursis y el señor Echegaray.—*F. Ortúzar Vial.*

DE REGRESO, por *Erich María Remarque.*

Las páginas angustiadoras de *Sin Novedad en el Frente*—la novela de la guerra más difundida en el mundo—necesitaban un complemento que cerrara el ciclo de la tragedia de esa generación. El mismo Erich María Remarque nos lo ha dado en su obra *De regreso*, cuya versión al castellano, editada en la Argentina, ha llegado hace poco a nuestro país.

A pesar de las deficiencias muy notorias de la traducción argentina—realizada al parecer con el descuido y la premura de las aventuras editoriales emprendidas con exclusivos fines de lucro—es posible apreciar que *De Regreso* ofrece características literarias de mejor calidad que *Sin novedad en el Frente*: el estilo, sin perder la penetrante intensidad que alcanza con esta obra, ni su escueto patetismo, se ha enriquecido con elementos que dan a la novela un valor estético superior.

Es la novela de los días y meses siguientes al armisticio. Los soldados, jóvenes y viejos, la haraposa y vencida muchedumbre de sobrevivientes, regresa a la vida de paz. Todos se parecen: el tiempo infinito—una eternidad de pesadilla—pasado en el mundo subterráneo de las trincheras, los ha unido en